

Ha llegado el momento de hacer de la CSI una organización verdaderamente democrática

Víctor Báez, ex Secretario General de la Confederación Sindical de las Américas (2008-2018) y ex Secretario General Adjunto de la Confederación Sindical Internacional (2018-2022).

Publicado el 6 de marzo de 2023 en Global Labour Column, en inglés.

6 marzo 2023

“Quien luche contra monstruos debe asegurarse que en el proceso no se convierta en un monstruo. Si observas atentamente, el abismo te devolverá la mirada.” - Friedrich Nietzsche

Desde diciembre del año pasado, la Confederación Sindical Internacional (CSI) atraviesa la peor crisis de su historia. Casi a diario en la prensa se nos recuerda la secuencia de hechos que detonaron esta espiral descendente: El hecho de que el recién elegido secretario general de la CSI, Luca Visentini, admitiera haber recibido miles de euros en efectivo de una fundación apoyada con dinero qatarí y marroquí, es un hecho grave. Es cómico leer que los gobiernos de esos dos países donan fondos para luchar contra la impunidad y es muy difícil creer que alguien crea que esa fue la verdadera intención detrás de las donaciones.

La Confederación Sindical Internacional (CSI) tardó en reaccionar, pero finalmente decidió establecer una Comisión Especial, y un proceso de auditoría externa que investigará estos eventos e informará a su Consejo General, el 11 de marzo. Como confío en la independencia e integridad de la comisión, no corresponde emitir ningún juicio hasta que conozcamos los resultados precisos de la investigación.

Sin embargo, en el debate, falta un elemento importante en muchas de las opiniones que he escuchado y leído en las últimas semanas y

es que tendemos a pensar en la corrupción únicamente como el acto de un individuo egoísta, la proverbial manzana podrida, y nos olvidamos de las condiciones que le permiten prosperar. A menudo, esta se produce por una combinación de factores, como la concentración de poder en una sola persona, los procesos débiles de frenos y contrapesos, las reglas flexibles, la transparencia insuficiente y, lo que es más importante, la falta de democracia real en la toma de decisiones.

En 2018, tras el congreso de la CSI en Copenhague, muchos sindicalistas insistieron en que yo debería formar parte de la futura dirección electa de la CSI como su Secretario General Adjunto. Las elecciones de ese año resultaron en dos bloques opuestos de afiliados que amenazaron con desgarrar la organización. Como yo estaba en el bando perdedor, la razón era que mi presencia repararía algunas de esas diferencias. Tras unas fuertes reticencias iniciales, acabé aceptando la propuesta basándome en las promesas de transparencia y democracia interna con la esperanza de hacer mi aporte al movimiento obrero.

Obviamente, esperaba muchos desafíos al asumir el papel. Sin embargo, nada me había preparado para lo que experimenté en los siguientes tres años: una organización vertical, de arriba hacia abajo que haría que el politburó chino pareciera una comunidad hippie autosuficiente. Era el ejemplo de libro de texto de la frase de

crianza "haz lo que digo, no lo que hago". La democracia estaba siendo predicada al mundo exterior pero nada de eso estaba siendo aplicado dentro.

La constitución de la CSI establece su estructura de gestión, con un grupo de liderazgo electo, así como un Consejo General y el buró ejecutivo para una supervisión continua con un congreso cada cuatro años como autoridad suprema. Al menos esa es la teoría. La práctica era que la Secretaria General de 2010 a 2022, Sharan Burrow, acumuló una enorme cantidad de poder para sí misma.

Aunque éramos un equipo de cuatro líderes con sede en Bruselas, los tres Secretarios Generales Adjuntos teníamos poca o ninguna voz en la mayor parte de las decisiones políticas y se nos asignaban principalmente tareas administrativas. Uno de ellos quedó relegado a supervisar las solicitudes de afiliación. Otro se ocupaba de los recursos humanos y algunas responsabilidades financieras. En cuanto a mí, mis funciones se redujeron con los meses y, al final, se limitaron a las relaciones con los sindicatos latinoamericanos. En más de tres años no tuvimos más de cinco reuniones formales de la Secretaria General con sus Secretarios Generales Adjuntos. Me vi obligado a expresar mis opiniones en las reuniones de todo el personal o en las reuniones del equipo de gestión, donde fueron ignoradas sistemáticamente. Peor aún, el Consejo General fue engañado para convertirse en un sello de goma para el Secretario

General. Antes de sus reuniones anuales, un puñado de miembros del personal preparaba, bajo la estrecha supervisión de Burrow, un informe en el que ya se habían tomado las decisiones reales para cada punto de la agenda, por lo que simplemente se pedía a los miembros del consejo que lo "respaldaran". Al presidente que presidía la reunión se le pedía que solo leyera un guión puesto frente a él. Este teatro político también funcionó para la presentación de informes financieros a la oficina ejecutiva. Al dejar de lado a los líderes adjuntos y al consejo, a la Secretaria General se le dio rienda suelta para gobernar como quisiera.

Lamentablemente, el poder sin restricciones la hizo derivar lentamente hacia las glamorosas salas de reuniones VIP de los superricos. Tal vez seducida por la máquina de relaciones públicas de la élite y las corporaciones mundiales, aceptó convertirse en la copresidenta del Foro Económico Mundial varias veces y se unió a la junta directiva del B-Team, un grupo fundado por el magnate inglés Richard Branson, visto por algunos ecologistas como mera propaganda empresarial. Burrow argumentaría que simplemente estaba defendiendo los derechos laborales en lugares donde no se escuchaban nuestras voces. El problema es que olvidó que ella no se codeaba con los poderosos a título personal, sino que representaba a la CSI y sus organizaciones sindicales afiliadas, las cuales ciertamente nunca tuvieron la oportunidad de debatir si era una buena idea asociar el movimiento con la aristocracia de Davos.

Además, nunca ha habido ningún resultado concreto, y mucho menos resultados positivos, de esta estrategia que no sea dañar seriamente nuestra reputación con nuestros propios miembros de base.

La consecuencia más visible de esta locura de poder absoluto volvió para atormentarnos a todos. Por supuesto, es decisión de Burrow cambiar radicalmente su opinión sobre los derechos laborales en Qatar. En menos de cuatro años, la secretaria general de la CSI pasó de considerar al Estado del Golfo como un “país sin conciencia” a promoverlo como un lugar donde “los trabajadores pueden alcanzar la justicia”. Burrow parece olvidar que hace solo unos años denunció que los trabajadores migrantes volvían a casa en ataúdes. Ahora ella refuta sus propias acusaciones como un mito. Una vez más, las afiliadas de la CSI nunca tuvieron la oportunidad de debatir adecuadamente si creían que una dictadura sin libertad sindical podría ser considerada amiga de los trabajadores. En cambio, tuvieron que aceptar que Burrow negociara en nombre de los trabajadores migrantes sin derecho a organizarse, inaugurando una versión internacional de los contratos de protección mexicanos hechos por sindicatos amarillos sin el consentimiento de los trabajadores.

Como en todas las experiencias de autocracias, el legado de este estilo de liderazgo es devastador. El movimiento está más dividido

que nunca, su reputación está hecha trizas y su sostenibilidad financiera está en riesgo. El sucesor de Burrow, quien ha sido el candidato de su elección y obtuvo su fuerte apoyo, ha sido suspendido, dejando a la confederación sin líder durante muchos meses. Trágicamente, también impulsó la decisión de vender la sede sindical Internacional en el centro de Bruselas antes de irse, lo que provocó que el principal organismo sindical del mundo se quedara sin hogar.

Durante mi tiempo en la CSI intenté plantear estas preocupaciones de todas las formas posibles, pero mis súplicas y quejas cayeron en saco roto. Lentamente percibí que estaba siendo condenado al ostracismo como represalia por ser demasiado vocal. Eventualmente me di cuenta de que quedarme significaría complicidad, así que renuncié a mi cargo. Sin embargo, nunca perdí la esperanza de que la confederación cambiara. En la última discusión que tuvimos con Burrow, ella me acusó de intentar dividir la CSI porque no apoyaba la candidatura de Visentini a Secretario General. Las reglas nos prohíben hacer campaña para los candidatos.

Dediqué la mayor parte de mi vida al movimiento sindical y me entristece profundamente que una organización que ayudé a construir haya llegado a este punto bajo. Pero ahora puedo ver claramente que se ha abierto una oportunidad invaluable para que

nuestros miembros retomen el control de su propia confederación y la hagan siguiendo un proceso democrático. El 11 de marzo, corresponde al Consejo General decidir el futuro de la CSI. Y por primera vez en más de una década, esta decisión no se tomará de antemano por ellos.

Esta es la última oportunidad. No la perdamos. El mundo está nuevamente dividido y la única forma de mantener un movimiento obrero indiviso es concentrarnos en los derechos de los trabajadores de todo el mundo, con democracia, transparencia y plena participación de todos sus miembros.